

Psicoanálisis: el rescate de un saber perdido



Colección
INVESTIGACIÓN
Serie Psicología



LOS LIBERTADORES
FUNDACIÓN UNIVERSITARIA

Acreditación Institucional en Alta Calidad



LOS LIBERTADORES
FUNDACIÓN UNIVERSITARIA

El psicoanálisis: el rescate de un saber perdido

Jairo Báez



LOS LIBERTADORES
FUNDACIÓN UNIVERSITARIA

Catalogación en la Publicación Fundación Universitaria Los Libertadores

Báez, Jairo

El psicoanálisis: el rescate de un saber perdido / Jairo Báez.

Primera edición. -- Bogotá: Fundación Universitaria Los Libertadores, 2023

136 páginas; 17 cm

ISBN 978-958-5478-67-1

1. Psicología 2. Psicoanálisis 3. Mente y cuerpo 4. Fisiología 5. Ciencia moderna 6. Freud, Sigmund, 1856-1939 7. Kant, Immanuel, 1724-1804 I. Báez, Jairo, autor. II. Fundación Universitaria Los Libertadores.

150.195 B142p --dc21

FULLBIBLIOTECA

Primera edición: Bogotá, diciembre de 2022

© Fundación Universitaria Los Libertadores
Bogotá, D.C., Colombia.

Cra. 16 No. 63A-68 / Tel.: 254 47 50
www.ulibertadores.edu.co

Juan Manuel Linares Venegas
Presidente del Claustro

Ángela María Merchan Basabe
Rectora

Vladimir Ballesteros Ballesteros
Vicerrector Académico

© *Jairo Báez*

Autor

Hernando Sierra Castillo

Corrección de estilo

Precolombi EU, David Reyes

Diagramación

Heidy Lisbeth Giral Huertas

Coordinadora Editorial

Los autores declaran que esta investigación fue financiada por la Fundación Universitaria Los Libertadores en el marco de la Convocatoria de Investigaciones internas de la institución.

Los conceptos emitidos en esta publicación son responsabilidad expresa de sus autores y no comprometen de ninguna forma a la Institución. Se autoriza la reproducción del texto citando autor y fuente, únicamente con fines académicos. En caso distinto, se requiere solicitar autorización por escrito al editor.

Contenido

Introducción	7
El conocimiento antiguo	8
El psicoanálisis	11
Capítulo I. El conocimiento antiguo	17
La religión	17
Zoroastrismo	18
Judaísmo	20
Cristianismo	23
Islamismo	27
Confucionismo	29
La filosofía	31
Mayéutica	31
Epicureísmo	33
Estoicismo	35
Budismo	37
Taoísmo	41
Capítulo II. El conocimiento antiguo y el psicoanálisis	45
El legado del conocimiento antiguo	45
El anudamiento merecido	54
Aun, el sujeto, el discernimiento y el conocimiento	64

Capítulo III. El conocimiento moderno y el psicoanálisis	71
Immanuel Kant y el psicoanálisis	71
La pregunta obligada a la ciencia moderna y el psicoanálisis: el sujeto	82
Capítulo IV. El discernimiento y el inconsciente	99
La sabiduría y el conocimiento	99
El deber ser del psicoanálisis en la actualidad	122
Bibliografía	133

Introducción

Fue solo después de mucho tiempo de estudiar psicoanálisis que esta idea emergió claramente. Entre los siglos VI a. C. y V d. C., aproximadamente, existió cierto y distintivo tipo de conocimiento que fue oscurecido luego por la aparición e institución de un nuevo conocimiento, también denominado “ciencia moderna”. Ese conocimiento es, precisamente, aquel que el psicoanálisis intenta rescatar en la actualidad. Mientras la ciencia promueve el conocimiento del objeto, del cual no tiene ninguna duda, el psicoanálisis aspira a descubrir la verdad del sujeto; en otras palabras, la verdad sobre el objeto que conoce los objetos y la realidad que lo circunda o, simplemente, la cosa que piensa. Sin embargo, el psicoanálisis falla y seguirá fallando en sus pretensiones debido a sus propias confusiones: en su encomiable empresa por salvar la verdad del sujeto y su aspiración de mostrarse así mismo como una ciencia, en el sentido moderno, termina por ser una mezcla de saberes que demeritan su más valioso objetivo. Compartimos con Foucault¹ cuando afirma que no hay solo una forma de conocer ni un único objeto a conocer; el saber profético, el saber sabio, el saber técnico y la *parrhesia* son diferentes formas de conocimiento, y estos, en determinados momentos, fueron independientes uno del otro. En esta mezcla, tratando de responder por cuatro objetos diferentes, el psicoanálisis ha fallado siempre.

1 Foucault, Michel. (2002). *La hermenéutica del sujeto: curso en el Collège de France: 1981-1982*. México. Fondo de Cultura Económica; Foucault, Michel. (2010). *El coraje de la verdad. El gobierno de sí y de los otros II: curso en el Collège de France: 1983-1984*. México. Fondo de Cultura Económica; Foucault, Michel. (2011). *El gobierno de sí y de los otros: curso en el Collège de France: 1982-1983*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

Así, la intención principal de este texto es, por una parte, mostrar una posible trayectoria para establecer la emergencia y el debilitamiento de ese conocimiento antiguo, y, por otra, la necesidad de tomar en serio la loable empresa psicoanalítica que Freud empezó un día; más ahora cuando un convulsionado estado de la sociedad, la cultura y el sujeto es más que evidente. Rescatar el sujeto y su verdad de ser es más que necesario actualmente, cuando el objeto parece indudable y el sujeto tiende a desaparecer. En suma, la tarea iniciada en tiempos modernos por el psicoanálisis está más que justificado ahora; pero es más que justo, también, revisar sus fracasos y sus éxitos, sobre todo si suponemos que las fallas y los triunfos de una sociedad están en los aciertos y desaciertos del sujeto o, aún más, en la ausencia o presencia de este.

El conocimiento antiguo

El conocimiento antiguo no tiene un origen preciso en tiempo o lugar; como todas las cosas que existen, es imposible ubicar el momento y sitio precisos de su surgimiento. Mucho más cuando se trata de un discurso con pretensiones de verdad que podemos llamar “conocimiento”. Sin embargo, podríamos establecer sus inicios en los primeros discursos religiosos tales como el zoroastrismo, el judaísmo, el cristianismo y el islam, por un lado, y por otro el confucianismo, el budismo y el taoísmo. Después, podemos trazar su desarrollo a lo largo de la filosofía de periodos antiguos y tendencias de autores tales como Sócrates, Platón, Epicuro, Epicteto, Séneca, Cicerón y Marco Aurelio, entre los más conspicuos. También, podríamos arriesgar la suposición de su apogeo, pero al mismo tiempo debilitamiento, especialmente en Occidente, con el establecimiento hegemónico del cristianismo y su posterior caída con el comienzo del revolucionario discurso sostenido por la Ilustración y la Enciclopedia.

No obstante, más que de la pureza de un discurso que pueda ser nombrado con propiedad y claramente diferenciado de los otros, lo que es posible señalar es la variedad de discursos emparentados que empiezan a ser categorizados bajo cierto logo y que, sin embargo, a causa de sus linderos se diluyen. Hablar de mito, religión, filosofía o ciencia como discursos puros no es lo más favorable, pues mitos y religiones, tanto filosofías como postulados de ciencia, se encuentran de manera inagotable y los límites que separan los uno de los otros se tornan igualmente borrosos y variopintos. La pureza que corresponda con el logo que se le da a determinado discurso no es fácilmente

sostenible; el mito se entremete en la religión, la religión en la filosofía, y esta a su vez en la ciencia, de modo que las intromisiones de los unos en los otros no tienen posibilidad de restricción, es más bien la constante. Diremos, pues, que es el discurso en su evanescencia en otros lo que empieza a ser nombrado como referente de tal o cual de estos.

El largo recorrido de este conocimiento antiguo muestra que la *parrhesia*, o el conocimiento de sí mismo, expira cuando el conocimiento de la cosa con un preciso hacer fue impuesto en un momento específico; esto es, visto desde otra perspectiva, cuando la razón humana se estableció como algo indudable e imposible de negar y el cuerpo humano fue concebido capaz de lograr y atrapar el objeto con sus incuestionables y perfectos sentidos. Podemos ver, claramente, que mientras el conocimiento antiguo aspira a asegurar el decir verdadero sobre los actos del hablante, el nuevo conocimiento asegura que el decir verdadero está en la perfecta percepción del objeto, a través de las perfectas condiciones, sacando ventaja de los órganos de los sentidos. Cuando el conocimiento antiguo fue sacrificado, el sujeto desapareció porque, paradójicamente, cualquier duda acerca de su absoluta presencia fue descartada. En contraste, el objeto emergió incapaz de esconder sus secretos al sujeto; por lo tanto, la empresa del buen conocimiento aparece, de forma que hace y sitúa tanto el objeto como el conocimiento verdadero.

En el conocimiento antiguo hay una relación directa entre la palabra y el acto; dicho de otra manera, la verdad depende de los efectos de las palabras sobre los actos del sujeto. Si el sujeto actúa en correspondencia con su discurso, la verdad está asegurada; pero si el sujeto no actúa en concordancia con el discurso, no hay ninguna verdad, su discurso es falso. No obstante, la palabra no solo da cuenta de las acciones de sí mismo, sino, también, de los objetos y eventos en torno al sujeto que lo enuncia; por lo tanto, acerca de su realidad; si el sujeto toma el riesgo de decir algo acerca de esas acciones, es porque el sujeto está seguro de ello. En síntesis, ese sujeto pone sus palabras como garante de que los eventos ocurren de tal o cual manera o que el objeto es tal y como este lo dice.

Cuando el método usado por aquel conocimiento antiguo, luego desviado, es trazado en su curso pasado, una manera de obtener el saber parece ser conspicua: consiste, primordialmente, en encontrar el conocimiento sin la ayuda de ningún líder o algún maestro. Un aprendiz debe obtener dicho conocimiento por sí mismo, lejos de cualquier asistencia. Dicho desde otra perspectiva, tal conocimiento debe ser encontrado exclusivamente por medio de los propios recursos y las experiencias del sujeto; es solamente en una

relación entre el sujeto y el objeto, por la que el conocimiento emerge a la comprensión y el discernimiento. Zoroastro, Sócrates, Buda, Epicuro, Epicteto, Jesús, Pablo de Tarso y Mahoma fueron sobresalientes en esta forma de obtener el conocimiento, pero, por lo general, todo gran sabio ha obtenido su sabiduría suprema a través de ese método: el camino del conocedor solitario. Aun más, ellos no rechazan conocer los conocimientos existentes en esos tiempos, aunque ninguno de ellos aceptó como la sabiduría necesitada a ninguno de estos. Ninguno de estos los convenció cuando ellos requirieron alguna respuesta concerniente al sujeto o al objeto; en resumen, acerca de su realidad y sus problemas. Así, la singular y particular solución fue construir un camino propio para adquirir el conocimiento deseado.

Es factible afirmar que un cierto método, usado por alguno de ellos, o, quizás, la convergencia de cada uno de estos, dio lugar a la transmutación del objeto de estudio; desde un foco en el sujeto se pasó al foco en el objeto. Pero, en un primer momento, el interés por el conocimiento del objeto estaba en conseguir herramientas y destrezas para mejorar el manejo y cuidado de sí mismo (por ejemplo, Epicuro, Buda). Más tarde, el interés tomó la parte de obtener la mejor manera de operar sobre los objetos externos, de modo que el objetivo primordial y ancestral fue olvidado. Conseguir ganancias de la operación sobre el objeto oscureció la razón fundamental de la existencia de aquel conocimiento antiguo, y una de las principales consecuencias del cambio fue la emergencia de escuelas y maestros que promoverían la única y mejor forma para adquirir el conocimiento verdadero y las técnicas más efectivas para operar sobre los objetos.

Hay una especie de paradoja en torno al origen y el debilitamiento del conocimiento antiguo. Inicialmente, el sujeto que asume la búsqueda del conocimiento para cuidar su propio ser abandona cualquier conocimiento ofrecido porque este le parece insuficiente e incapaz de resolver sus problemas, y bajo la convicción de que no existe otra forma de obtener lo que necesita es que busca su propio conocimiento y su propio método. De la misma manera, no rechaza ningún conocimiento existente por su falsedad o falta de utilidad para su creador, sino por la inutilidad para resolver sus propias y singulares demandas. Sin embargo, cuando otro sujeto ha obtenido su propio conocimiento olvida rápidamente su primer descubrimiento y, curiosamente, empieza a enseñar sus hallazgos por medio de la creación de escuelas. Parecería como si el sujeto asumiera que ha sido el único iluminado y que ninguno más pudiera lograr igual proeza. De hecho, muchos de ellos narran el preciso momento en el que cada uno fue iluminado o tuvo la epifanía. Buda

y Muhammad podrían ser tomados como los más claros ejemplos de esto², mientras Sócrates se presenta como la excepción a la regla³.

La cuestión crucial es, entonces, crear o no crear escuela, ser o no ser maestro. Si el conocimiento antiguo azuzaba a abandonar maestros y escuelas, el mismo conocimiento dio pie a ello; en otras palabras, el mismo conocimiento es culpable de su propia ruina. En la Modernidad, el psicoanálisis muestra idéntica situación. Aquella posición asumida por el hombre sabio que ha sido iluminado o ha tenido una epifanía pudo ser la causa de la pérdida de su principal aspiración. Sin embargo, si vamos atrás para revisar sus bases, allí debería encontrarse un concepto que reemplace aquel de la iluminación o la epifanía, el cual podría ser el propio discernimiento, o la confianza en el discernimiento individual.

Se podría concluir que el conocimiento antiguo es producto de las necesidades más profundas y propias de un sujeto que no encontró alguna solución para sus preocupaciones en el conocimiento dado en un determinado momento. Lo que es conspicuo es el anhelo de conseguir satisfacción para su más profunda preocupación; responder al más profundo sentimiento. La angustia siempre presente en su ser: responder a preguntas cruciales. ¿Quién soy yo?, ¿qué hago con mi vida? Empero, la primera y esencial meta del sujeto y sus pretensiones de obtener todo el conocimiento deseado de una vez por todas ocasionó que un siguiente cambio aconteciera; permitió alejar la mirada de sí mismo y ponerla sobre el conocimiento de los objetos, en cuanto objetivo principal e indubitable para su conveniencia y, finalmente, hacer una mezcla de saberes en la que el sujeto abandona la preocupación por su propio ser.

El psicoanálisis

Aunque incluso Freud⁴ empieza y mantiene su carrera tomando el conocimiento moderno (la ciencia) como modelo para alcanzar los secretos de la mente, sus descubrimientos rápidamente le muestran otra cosa. La empresa emprendida por Freud para elucidar los misterios de la mente tomando la fisiología como una base fundamental e indiscutible ha sido —desde los pasos iniciales— su

2 Bhuda. (2004). (Trad. Claudio Dusetti). *El Dhammapada. El sendero de la realización interior*. Buenos Aires. Hastinapura.

3 Platón. (1994). *Apología de Sócrates, seguida de la Defensa de Sócrates ante los jueces de Jenofonte*. Sevilla. Padilla.

4 Freud, Sigmund. (1925-1935/1991). *Presentación autobiográfica*. Tomo. XX. Buenos Aires. Amorrortu.

inconveniente, lo cual vino claro con los estudios de la histeria⁵. La histérica pronto probó que la fisiología imperante no era la mejor vía para explicar los asuntos de la mente, pues desde el primer momento permitió ver que el problema de la mente tiene origen en otros lugares, más allá de la fisiología instituida en esa época⁶, y, hasta el día de hoy⁷, esa histérica podía hacer cualquier cosa con esta con el poder de su mente. Ella podía cambiar el funcionamiento de su cuerpo solo con sus deseos y anhelos. Algo parecía emerger rápidamente, el objeto podía cambiar en correspondencia con los deseos del sujeto. En otras palabras, la física —y mucho menos la fisiología de los objetos— sería suficiente para conocer la verdad de los objetos orgánicos y no sería incluso posible tomar el cuerpo humano como un objeto más que se deja conocer con los conocimientos que se tienen sobre la materia y la fisiología.

Se podría decir que el asunto de la mente humana no es ni un asunto del cuerpo humano ni un asunto de la física o la fisiología. Los problemas del sujeto deben ser divididos en los problemas de la mente y en los problemas del cuerpo, de manera que se mantiene así la distancia entre unos y otros. Pero Freud insiste —como otros investigadores presentes en los comienzos de la ciencia moderna y al igual que otros investigadores de nuestro tiempo— en resolver el problema de la mente a través del estudio de la fisiología del cuerpo humano. Muy y a pesar de que la histérica clarificó que sus problemas eran psíquicos y no físicos, ella estaba denotando que sus preocupaciones eran existenciales y no biológicas. En suma, la histérica estaba clamando en los inicios de los tiempos modernos lo mismo que estaban clamando ciertas personas en tiempos antiguos: el conocimiento que les era ofrecido en su tiempo no era capaz de resolver su propia angustia de ser en el mundo. Los sabios de la Antigüedad, lo mismo que la histérica, no pedían ayuda para una enfermedad de su cuerpo, sino para su angustia existencial. Ellos necesitaban una respuesta a un interrogante esencial: ¿Quién soy yo y qué hago con mi existencia?

Si se piensa de nuevo, el nacimiento del psicoanálisis no es un producto de la gran inventiva de Freud; el nacimiento del psicoanálisis es el resultado

5 Lacan, Jacques. (1966/2007). La ciencia y la verdad. En *Escritos 2*. México. Siglo XXI.

6 Freud, Sigmund. (1893-1895/1991). *Estudios sobre la histeria*. Buenos Aires. Amorrortu. Tomo. II.

7 Báez, Jairo. Tras el rastro de un saber perdido. En Báez, Jairo *et al.* (2021). *El despertar de la inquietud de sí*. Bogotá. Fundación Universitaria Los Libertadores. Fondo Editorial.